

PRACTICA DE AMOR A JESUCRISTO

por San Alfonso M.^a de Ligorio

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo,44
41003-SEVILLA

ISBN 84-7770-615-8

D.L. Gr. 1.401-2001

Azahara

Impres en España

Printed in Spain



San Alfonso María de Liguorio, Doctor de la Iglesia

INTRODUCCION

Resumen bibliográfico de San Alfonso M.^a de Ligorio

Nació en Nápoles el 27 de septiembre de 1697 y murió a la edad de 91 años en 1787.

A los pocos días de nacer, un siervo de Dios, San Francisco de Jerónimo, cogiéndolo en brazos exclamó en tono profético: «Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Dios».

Estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero el Señor que lo quería para su servicio permitió su primer fracaso en un pleito defendiendo al Duque de Orsine. Entonces fue cuando Alfonso desengañado de las falacias del mundo tomó la seria resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios.

«A todos nos obliga por igual el precepto del amor, y, precisamente, la verdadera santidad consiste en el amor a Jesucristo, nuestro soberano Bien, nuestro Redentor y nuestro Dios». Así escribía el Santo y a esto encaminó por completo su vida entera. El celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fué el primer misionero, recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humil-

de, resuelto, inflamado de amor a Dios y a las almas que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito, en la catequesis a los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Su celo por la salvación de las almas que tan caras habían costado al Redentor le hacía no contentarse con que le oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan por su popularidad Las Glorias de María, Las Visitas al Santísimo Sacramento, La Práctica de Amor a Jesucristo, El Amor del Alma, Las Reflexiones sobre la Pasión de N. S. Jesucristo, La Preparación para la Muerte, y El Gran Medio de la Oración.

Doctor de la Iglesia

En la «Civiltá Cattólica» se dice que San Alfonso M.^a de Ligorio «sobrepaja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia». Entre todos los innumerables santos que han

prestigiado la Iglesia solamente 32 han sido honrados con este glorioso título.

Algunos se preguntarán: ¿Qué significa el título de Doctor de la Iglesia? ¿Qué pretende nuestra madre la Iglesia al honrar a ciertos santos con este glorioso título? Lo que significa y lo que pretende la Santa Iglesia al honrar a ciertos santos con esta distinción, no es más que tratar de garantizarnos su doctrina manifestándonos que sus escritos tienen la plena aprobación de la Iglesia. Un santo significa un héroe en la virtud y en el amor de Dios, y un doctor de la Iglesia significa un maestro de doctrina segura a quien podemos seguir con plena seguridad.

Entre los 32 doctores de la Iglesia hay tres que se destacan entre todos por su sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: En la edad antigua o primeros años del cristianismo San Agustín; en la edad media Santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna San Alfonso M.^a de Ligorio.

San Alfonso fué un entusiasta de Santa Teresa de Jesús a quien llama su *abogada* y *maestra*. Como veremos, la cita continuamente en sus obras. Para San Alfonso M.^a de Ligorio, después de las Sagradas Escrituras nada era tan importante como la doctrina de Santa Teresa a quien amaba, admiraba e imitaba. Por su parte, Santa Teresa escribió algo que nosotros podemos muy bien aplicar a San Alfonso. Dice la Santa: «Aquellos libros cuyos autores no eran muy autorizados no me gustaba leer». Y ¿qué autor más autorizado que S. Alfonso Doctor de la Iglesia a quien se le denomina: «*Doctor Celosísimo*», «*Escritor Inspirado*», «*Martillo de Herejes*», «*Príncipe de Moralistas*», «*Patrono de Confesores*» y «*Maestro de Santidad*», etc. etc.?

Doctrina segura

Dos razones tenemos muy especiales para confiar plenamente en la doctrina de San Alfonso. La primera es por razón de su santidad. Según él, un santo no puede menos de decir claramente la verdad.

Ha habido autores que han dicho que ciertas expresiones de alabanza que algunos santos dirigieron a la Virgen, eran exageraciones que no podían tomarse a la letra ni aceptar su significado. A esto responde el Santo: «El exagerar las cosas o usar hipérbolos es ir contra la verdad, lo cual no hicieron los santos que hablaron con el espíritu de Dios que es espíritu de verdad» (Glorias de María).

La segunda razón para seguir al santo es su sabiduría, aprobada y recomendada por la Iglesia al concederle el honroso título de Doctor.

Ya en vida, cuando al papa Benedicto XIV le consultaban algún problema difícil aconsejaba seguir el consejo del P. Alfonso de Ligorio. Los elogios que los siguientes papas, cardenales, obispos y escritores han hecho de San Ligorio en estos últimos siglos son innumerables y no pueden ser más elogiosos, como pueden verse en el c. 2 del «*Acta Doctoratus*». Razón tuvo, pues, S. S. Gregorio XVI para afirmar que todos pueden seguir con paso firme y seguro los caminos literarios de la doctrina alfonsiana que con paso firme nos encamina de la tierra al cielo (Bula de Canonización).

San Alfonso no era un autor que escribiera corriendo y a la ligera. El mismo confesaba: «En cada libro suelo trabajar el doble que los demás escritores, porque me gusta documentarme bien de cuantos autores tengo a mano». «En este esfuerzo del Santo

—dice un autor— estriba nuestro descanso, y en este su afán, nuestra seguridad, porque en esta preocupación de exponer la más aquilatada doctrina está la tranquilidad de nuestra conciencia».

Dice San Alfonso en su obra «La Selva» que una sola palabra de un santo suele hacer mucho más bien a las almas que un largo discurso de un sacerdote corriente. Pues ya que en vida de ellos no sabemos cuáles son santos, aprovechémonos de sus escritos que harán muchísimo bien a nuestras almas. Elijamos siempre para leer libros de autores santos, y principalmente santos de la talla de San Alfonso, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, etc. porque estos además de su santidad, tenemos la seguridad que nuestra madre la Iglesia nos da de su doctrina al haberlos honrado con el glorioso título de *Doctores de la Iglesia*.

* * *

Muchos se preguntarán por qué hemos suprimido en este libro las notas que llevan otras ediciones. La razón es triple: 1.^a, que el noventa por ciento de los lectores no leen ni le interesan las notas, 2.^a, que para aquellos pocos que le interesen ya existen otras ediciones, y 3.^a, que al suprimirlas se abarata el libro un 25 por ciento y se consigue una edición más popular.

Relación de obras de San Alfonso M.^a de Ligorio que pueden pedirse a nuestra Editorial:

Práctica de Amor a Jesucristo

Preparación para la Muerte

El Gran Medio de la Oración

Las Glorias de María, 1.^a Parte

Las Glorias de María, 2ª Parte
El Amor del Alma
La Santidad Sacerdotal (La Selva)
Reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo
Conformidad con la Voluntad de Dios
Visitas al Santísimo Sacramento
y la Vida de San Alfonso M.ª de Liguorio

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA



CAPÍTULO I

CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN SU PASIÓN

Toda la santidad y perfección del alma consiste en amar a Jesucristo, Dios nuestro, sumo Bien y Salvador. El *Padre* —dice el propio Jesús— *os ama porque vosotros me habéis amado*. «Algunos —expone San Francisco de Sales— cifran la perfección en la austeridad de la vida, otros en la oración, quiénes en la frecuencia de sacramentos y quiénes en el reparto de limosnas; mas todos se engañan, porque la perfección estriba en amar a Dios de todo corazón». Ya lo decía el Apóstol: *Y sobre todas estas cosas, revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección*. La caridad es quien une y conserva todas las virtudes que perfeccionan al hombre; por eso decía San Agustín: «Ama, y haz lo que quieras», porque el mismo amor enseña al alma enamorada de Dios a no hacer cosa que le desagrade y a hacer cuanto sea de su agrado.

¿Por ventura no merece Dios todo nuestro amor? El nos amó desde toda la eternidad. Hombre, dice el Señor, mira que fuí el primero en amarte. Aun no habías nacido, ni siquiera el mundo había sido creado, y ya te amaba yo. Te amo desde que soy Dios; desde que me amé a mí, te amé a ti. Razón tenía, pues, la virgencita Santa Inés cuando, al pretenderla

por esposa un joven que la amaba y reclamaba su amor, le respondía: «¡Fuera, amadores de este mundo!; dejad de pretender mi amor, pues mi Dios fué el primero en amarme, ya que me amó desde toda la eternidad; justo es, por consiguiente, que a El consagre todos mis afectos y a nadie más que a El».

Viendo Dios que los hombres se dejan atraer por los beneficios, quiso, mediante sus dádivas, cautivarlos a su amor, y prorrumpió: «Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor». Quiero obligar a los hombres a amarme con los lazos con que ellos se dejan atraer, esto es, con los lazos del amor, que no otra cosa son cuantos beneficios hizo Dios al hombre. Después de haberlo dotado de alma, imagen perfectísima suya y enriquecida de tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, y haberle dado un cuerpo hermoso con los sentidos, creó para él el cielo y la tierra y cuanto en ellos hay: las estrellas, los planetas, los mares, los ríos, las fuentes, los montes, los valles, los metales, los frutos y todas las especies de animales, a fin de que, sirviendo al hombre, amase éste a Dios en agradecimiento a tantos beneficios. «El cielo, la tierra y todas las cosas me están diciendo que te ame», decía San Agustín. Señor mío, proseguía, todo cuanto veo en la tierra y fuera de ella, todo me habla y me exhorta a amaros, porque todo me dice que vos lo habéis creado por mí. El abate Rancé, fundador de la Trapa, cuando desde su eremitorio se detenía a contemplar las colinas, las fuentes, los regatillos, las flores, los planetas, los cielos, sentía que todas estas criaturas le inflamaban en amor a Dios, que por su amor las había creado.

También Santa María Magdalena de Pazzi, cuando cogía una hermosa flor, sentíase abrasar en amor

divino y exclamaba: «¿Conque Dios desde toda la eternidad pensó en crear esta florecita por mí?»; así que la tal florecilla se trocaba para ella en amoroso dardo que la hería suavemente y unía más con Dios. A su vez, Santa Teresa de Jesús decía que, mirando los árboles, fuentes, riachuelos, riberas o prados, oía que le recordaban su ingratitud en amar tan poco al Creador, que las había creado para ser amado de ella. Cuéntase a este propósito que cierto devoto solitario, paseando por los campos, hacíasele que hierbezuelas y flores le salían al paso a echarle en cara su ingratitud para con Dios, por lo que las acariciaba suavemente con su bastoncico y les decía: «Callad, callad; me llamáis ingrato y me decís que Dios os creó por amor mío y que no le amo; ya os entiendo; callad, callad y no me echéis más en cara mi ingratitud».

Mas no se contentó Dios con darnos estas hermosas criaturas, sino que, para granjearse todo nuestro amor, llegó a darse por completo a sí mismo: *Porque así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito*. Viéndonos el Eterno Padre muertos por el pecado y privados de su gracia, ¿qué hizo? Por el inmenso amor que nos tenía, o, como dice el Apóstol, por su excesivo amor, mandó a su amadísimo Hijo a satisfacer por nosotros y devolvernos así la vida que el pecado nos había arrebatado. Y, dándonos al Hijo —no perdonando al Hijo para peronarnos a nosotros—, junto con el Hijo nos dió toda suerte de bienes, su gracia, su amor y el paraíso, porque todos estos bienes son ciertamente de más ínfimo precio que su Hijo.

Movido, además, el Hijo por el amor que nos tenía, se nos entregó completamente. Y, para redimir-

nos de la muerte eterna y devolvernos la gracia divina y el paraíso perdido, se hizo hombre y se vistió de carne como nosotros. Y vimos a la majestad infinita como anonadada. El Señor del universo se humilló hasta tomar forma de esclavo y se sujetó a todas las miserias que el resto de los hombres padecen.

Pero lo que hace más caer en el pasmo es que, habiéndonos podido salvar sin padecer ni morir, eligió vida trabajosa y humillada y muerte amarga e ignominiosa, hasta morir en la cruz, patíbulo infame reservado a los malhechores. Y ¿por qué, pudiéndonos redimir sin padecer, quiso abrazarse con muerte de cruz? Para demostrarnos el amor que nos tenía. Nos amó, y porque nos amó se entregó en manos de los dolores, ignominias y muerte la más amarga que jamás hombre alguno padeció sobre la tierra.

Razón tenía el gran amador de Jesucristo, San Pablo, al afirmar: *El amor de Cristo nos apremia*, que equivalía a decir que le obligaba y como forzaba más a amar a Jesucristo, no tanto lo que por él había padecido, cuando el amor con que lo había sufrido. Oigamos cómo discurre San Francisco de Sales acerca del citado texto: «Saber que Jesucristo, verdadero eterno Dios y omnipotente, nos ha amado hasta querer sufrir por nosotros muerte de cruz, ¿no es sentir como prensados nuestros corazones y apretados fuertemente, para exprimir de ellos el amor con una violencia que cuanto es más fuerte, es tanto más deleitosa?» Y prosigue: «Por qué no nos abrazamos en espíritu a El, para acompañarle en la muerte de cruz, ya que en ella quiso morir por nuestro amor?... Un mismo fuego consumirá al Creador y a su miserable criatura; mi Jesús es todo mío y yo todo suyo. Viviré y moriré sobre su pecho, y ni la muerte ni la vida serán

poderosas para separarme de El. ¡Oh amor eterno!, mi alma os busca y os elige para siempre. Venid, Espíritu Santo, e inflamad nuestros corazones en vuestro amor. ¡O amar o morir! ¡Morir y amar! ¡Morir a todo otro amor para vivir en el de Jesús y así no morir eternamente, y viviendo en vuestro amor eterno, ¡oh Salvador de las almas!, cantaremos eternamente: ¡Viva Jesús! ¡Yo amo a Jesús! ¡Viva Jesús, a quien amo! ¡Yo amo a Jesús! que vive y reina por los siglos de los siglos! Amén».

Tanto era el amor que Jesucristo tenía a los hombres, que le hacía anhelar la hora de la muerte para demostrarles su afecto, por lo que repetía: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡que angustias las mías hasta que se cumpla!* Tengo de ser bautizado con mi propia sangre, y ¡cómo me aprieta el deseo de que suene pronto la hora de la pasión, para que comprenda el hombre el amor que le profeso! De ahí que San Juan, hablando de la noche en que Jesucristo comenzó su pasión, escribiera: *Sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos..., los amó hasta el extremo.* El Redentor llamaba aquella hora *la suya*, porque el tiempo de su muerte era su tiempo deseado, pues entonces quería dar a los hombres la postrer prueba de su amor, muriendo por ellos en una cruz, acabado de dolores.

Mas ¿quién fué tan poderoso que movió a Dios a morir ajusticiado en un patíbulo, en medio de los malhechores, con tanto desdoro de su divina majestad? ¿Quién hizo esto?, pregunta San Bernardo, y se responde: Lo hizo el amor, que no entiende de puntos de honra. ¡Ah!, que cuando el amor quiere darse a conocer, no hace cuenta con lo que hace a la digni-

dad del amante, sino que busca el modo de darse a conocer a la persona amada. Sobrada razón tenía, por lo tanto, San Francisco de Paula al exclamar ante un crucifijo: «¡Oh caridad, oh caridad, oh caridad!» De igual modo, todos nosotros, mirando a Jesús crucificado, debiéramos decir: ¡Oh amor, oh amor, oh amor!

Si no nos lo asegurara la fe, ¿quién hubiera jamás creído que un Dios omnipotente, felicísimo y señor de todo cuanto existe, llegara a amar de tal modo al hombre que se diría había salido como fuera de sí? «Vimos a la misma Sabiduría —dice San Lorenzo Justiniano—, es decir, al Verbo eterno, como enloquecido por el mucho amor que profesa a los hombres». Igual decía Santa María Magdalena de Pazzi cuando, en un transporte extático, tomó una cruz y andaba gritando: «Sí, Jesús mío, eres loco de amor. Lo digo y lo repetiré siempre: Eres loco de amor, Jesús mío». Pero no, dice San Dionisio Areopagita, no es locura, sino efecto natural del divino amor, que hace al amante salir de sí para darse completamente al objeto amado, «que éste es el éxtasis que causa el amor divino».

¡Oh si los hombres se detuvieran a considerar, cuando ven a Jesús crucificado, el amor que les tuvo a cada uno de ellos! «Y ¿cómo no quedaríamos abrasados de ardiente celo —exclamaba San Francisco de Sales— a la vista de las llamas que abrasan al Redentor?... Y ¿qué mayor gozo que estar unidos a El por las cadenas del amor y del celo?» San Buenaventura llamaba a las llagas de Jesucristo «llagas que hieren los más duros corazones y que inflaman en amor a las almas más heladas». Y ¡qué de saetas amorosas salen de aquellas llagas para herir los más duros

corazones! Y ¡qué de llamas salen del corazón amoroso de Jesús para inflamar los más fríos corazones! Y ¡qué de cadenas salen de aquel herido costado para cautivar los más rebeldes corazones!

El Santo Juan de Avila estaba tan enamorado de Jesucristo, que en todos sus sermones no dejaba de predicar del amor que nos profesó, y en un tratado suyo sobre el amor de este amantísimo Redentor a los hombres, se expresa con tan encendidos afectos, que, por serlo tanto, prefiero transcribirlos. Dice así: «¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios! Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede esconder de tu amor, porque haces fuerza a los corazones, como dice tu Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza...* Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber. Porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras tuyas que dijo el jueves de la Cena: Para que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, *levantaos y vamos de aquí*. ¿Adónde? A morir por los hombres en la cruz.

... »No alcanza ningún entendimiento angélico que tanto arda ese fuego ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegó, la muerte y la cruz; porque si, así como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como

por todos. Y si, como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo si nos fuera necesario. De manera que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que mostró acá defuera en sus llagas.

... »¡Oh amor divino, y cuánto mayor eres de lo que pareces! Grande parece por acá defuera; porque tantas heridas y tantas llagas y azotes, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro de lo que por fuera parece. Centella es ésta que sale de aquel fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor señal que puede haber de amor: poner la vida por sus amigos.

... »Esto es lo que les hace salir de sí (a los verdaderos hijos y amigos) y quedar atónitos cuando, recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasarse sobre las brasas como sobre rosas; de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de todo lo que el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece.

... »Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompense con sangre... Véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz, hazme lugar y recibe mi cuerpo y deja el de mi Señor!... Para esto dice tu Apóstol moriste, para enseñorearte de vivos y muertos.

... »No solamente la cruz, mas la misma figura que

en ella tienes nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados; los brazos tienes tendidos para abrazarnos, las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los pies clavados para esperararnos y para nunca poder apartarte de nosotros».

Mas para alcanzar el verdadero amor de Jesucristo menester es emplear los medios a ello conducentes. He aquí lo que nos enseña Santo Tomás de Aquino:

1° Tener continua memoria de los beneficios de Dios, tanto particulares como generales.

2° Considerar la infinita bondad de Dios, que a cada instante nos tiene presentes para colmarnos de favores, y, al mismo tiempo que nos está amando, reclama también en retorno nuestro amor.

3° Evitar con diligencia cuanto le desagradare, aun lo más mínimo.

4° Despegar el corazón de los bienes terrenos: riquezas, honores y placeres de los sentidos.

Otro modo muy excelente para alcanzar el perfecto amor de Jesucristo nos lo brinda el P. Taulero, y consiste en meditar en la sagrada pasión.

¿Quién podrá negar que la pasión de Jesucristo es la devoción de las devociones, la más útil, más querida de Dios, la que más consuela a los pecadores y la que mejor inflama las almas amantes? Y ¿por dónde nos vienen más gracias que por la pasión de Jesucristo? ¿Dónde se funda nuestra esperanza de perdón, la fortaleza contra las tentaciones y la confianza de alcanzar la salvación? ¿Dónde tienen su fuente tantas sobrenaturales inspiraciones, tantas llamadas amorosas, tantos impulsos a mudar de vida y tantos deseos de darnos a Dios, sino en la pasión de Jesucris-

to? Sobrada razón tenía, por tanto, el Apóstol cuando lanzaba anatema contra quien no amase a Jesucristo: *Si alguno no ama al Señor, sea anatema.*

Dice San Buenaventura que no hay devoción más apta para santificar el alma que la meditación de la pasión de Jesucristo, por lo que nos aconseja que meditemos a diario en ella si deseamos adelantar en el divino amor. y ya antes dijo San Agustín, según refiere Bernardino de Bustis, que vale más una lágrima derramada en memoria de la pasión que ayunar una semana a pan y agua. De ahí que los santos siempre estuviesen meditando los dolores de Jesucristo. San Francisco de Asís llegó de este modo a ser un serafín. Hallóle cierto día un caballero gimiendo y gritando, y, preguntada la razón, respondió: «Lloro los dolores e ignominias de mi Señor, y lo que más me hace llorar es que los hombres no se recuerdan de quien tanto padeció por ellos». Y a continuación redobló las lágrimas, hasta el extremo de que el caballero prorrumpió también en sollozos. Cuando el Santo oía balar a un corderillo o veía cualquier cosa que le renovara la memoria de los padecimientos de Cristo, renovábanse lágrimas y suspiros. En una de sus enfermedades hubo quien le insinuó que si quería le leyese algún libro devoto, y respondió: «Mi libro es Jesús crucificado», por lo que continuamente exhortaba a sus hermanos que pensaran siempre en la pasión de Jesucristo.

Tiépolo escribe: «Quien no se enamora de Dios contemplando a Jesús crucificado, no se enamorará jamás».

Afectos y súplicas

¡Oh Verbo Eterno!, treinta y tres años pasasteis de sudores y fatigas, disteis sangre y vida para salvar a los hombres, y, en suma, nada perdonasteis para hacerlos amar de ellos. ¿Cómo, pues, puede haber hombres que aun no os amen? ¡Ah, Dios mío!, que entre estos ingratos me encuentro yo. Confieso mi ingratitud, Dios mío; tened compasión de mí. Os ofrezco este ingrato corazón ya arrepentido. Sí, me arrepiento sobre todo otro mal, querido Redentor mío, de haberos despreciado. Me arrepiento y os amo con toda mi alma.

Alma mía, ama a un Dios sujeto como reo por ti, a un Dios flagelado como esclavo por ti, a un Dios hecho rey de burlas por ti, a un Dios, finalmente, muerto en cruz como malhechor por ti.

Sí, Salvador y Dios mío, os amo, os amo; recordadme siempre cuanto por mí padecisteis, para que nunca me olvide de amaros.

Cordeles que atasteis a Jesús, atadme también con El; espinas que coronasteis a Jesús, heridme de amor a El; clavos que clavasteis a Jesús, clavadme en la cruz con El; para que con El viva y muera.

Sangre de Jesús, embriágame a su santo amor; muerte de Jesús, hazme morir a todo afecto terreno; pies traspasados de mi Señor, a vos me abrazo para que me libréis del merecido infierno.

Jesús mío, en el infierno no os podré ya amar, yo quiero amaros siempre. Amado Salvador mío, salvadme, estrechadme contra vos y no permitáis que vuelva jamás a perderos.

¡Oh María, Madre de mi Salvador y refugio de pecadores!, ayudad a un pecador que quiere amar a Dios y a vos se encomienda: por el amor que tenéis a Dios, venid en mi socorro.



Jesucristo dice a Santa Margarita M.^a de Alacoque: «Este es el corazón que tanto ha amado a los hombres...

CAPÍTULO II

CUANTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

Sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, los amó hasta el extremo. Sabiendo nuestro amantísimo Salvador que era llegada la hora de partir de esta tierra, antes de encaminarse a morir por nosotros, quiso dejarnos la prenda mayor que podía darnos de su amor, cual fué precisamente este don del Santísimo Sacramento.

Dice San Bernardino de Siena que las pruebas de amor que se dan en la muerte quedan más grabadas en la memoria y son las más apreciadas. De ahí que los amigos, al morir, acostumbren dejar a las personas queridas en vida un don cualquiera, un vestido, un anillo, en prenda de su afecto. Pero vos, Jesús mío, al partir de este mundo, ¿qué nos dejasteis en prenda de vuestro amor? No ya un vestido ni un anillo, sino que nos dejasteis vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma, vuestra divinidad y a vos mismo, sin reservar nada. «Se te ha dado por entero —dice San Juan Crisóstomo—, no reservándose nada para sí».

Según el concilio de Trento, en este don de la

Eucaristía quiso Jesucristo como derramar sobre los hombres todas las riquezas del amor que tenía reservadas. Y nota el Apóstol que Jesús quiso hacer este regalo a los hombres en la misma noche en que éstos maquinaban su muerte. San Bernardino de Siena es de opinión que Jesucristo, «ardiendo de amor a nosotros y no contento con aprestarse a dar su vida por nuestra salvación, se vió como forzado por el ímpetu del amor a ejecutar antes de morir la obra más estu-penda, cual era darnos en alimento su cuerpo».

Por eso Santo Tomás llamaba a este sacramento *sacramento de caridad, prenda de caridad. Sacra-mento de amor*, porque sólo el amor fué el que impulsó a Jesucristo a darse a nosotros en él; y *prenda de amor*, porque si alguna vez dudáramos de su amor, halláramos de él una garantía en este sacramento. Como si hubiera dicho nuestro Redentor al dejarnos este don: ¡Oh almas!, si alguna vez dudáis de mi amor, he aquí que me entrego a vosotras en este sacramento; con tal prenda a vuestra disposición, ya no podréis tener duda de mi amor, y de mi amor extraordinario.

Más lejos va todavía San Bernardo al llamar a este sacramento *amor de los amores*, pues este don encierra todos los restantes dones que el Señor nos hizo, la creación, la redención, la predestinación a la gloria, porque como canta la Iglesia, la Eucaristía no sólo es prenda del amor que Jesucristo nos tiene, sino también prenda del paraíso que quiere darnos. Por eso San Felipe Neri no acertaba a llamar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento sino con el nombre de *amor*, y al cabo de su vida, cuando le llevaron el Viático, exclamó: «He aquí el amor mío, dame a mi amor».

Quería el profeta Isaías que por todas partes se pregonasen las amorosas invenciones de nuestro Dios para hacerse amar de los hombres; pero ¿quién jamás se hubiera imaginado, si Dios no lo hubiera hecho, que el Verbo encarnado quedara bajo las especies de pan para hacerse alimento nuestro? «¿No suena a locura —dice San Agustín— decir: Comed mi carne y bebed mi sangre?». Cuando Jesucristo reveló a sus discípulos este sacramento que nos quería dejar, resistíanse a creerlo y se apartaban de El, diciendo: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre el oírlo?* Pues bien, lo que los hombres no podían pensar ni creer, lo pensó y ejecutó el grande amor de Jesucristo. Tomad y comed, dijo a sus discípulos, y en ellos a todos nosotros; tomad y comed, dijo antes de salir a su pasión. Pero, ¡oh Salvador!, y ¿cuál es el alimento que antes de morir nos queréis dar? *Tomad y comed* —me respondéis—, *éste es mi cuerpo*; no es éste alimento terreno, sino que soy yo mismo quien me doy todo a vosotros.

¡Oh, y qué ansias tiene Jesucristo de unirse a nuestra alma en la sagrada comunión! *Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros antes de padecer*, así dijo en la noche de la institución de este Sacramento de amor. *Con deseo deseé*: así le hizo exclamar el amor inmenso que nos tenía, comenta San Lorenzo Justiniano. Y, para que con mayor facilidad pudiéramos recibirle, quiso ocultarse bajo las especies de pan. Si se hubiera ocultado bajo las apariencias de un alimento raro o de subido precio, los pobres quedarían privados de él; pero no; Jesucristo quiso quedarse bajo las especies de pan, que está barato y todos lo pueden hallar, para que todos y en todos los países lo puedan hallar y recibir.

Para que nos resolviéramos a recibirle en la sagrada comunión, no sólo nos exhorta a ello con repetidas invitaciones: *Venid a comer de mi pan y bebed del vino que he mezclado. Comed, amigos; bebed y embriagaos, queridos*, sino que también nos lo impone de precepto: *Tomad y comed; éste es mi cuerpo*. Y para inclinarnos a recibirle, nos alienta con la promesa del paraíso: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna. El que come este pan vivirá eternamente*. En suma, a quien no comungare, le amenaza con excluirlo del paraíso y lanzarlo al infierno: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*. Estas invitaciones, estas promesas y estas amenazas nacen todas del gran deseo que tiene de unirse a nosotros en este Sacramento.

Mas ¿por qué desea tanto Jesucristo que vayamos a recibirle en la sagrada comunión? He aquí la razón. El amor, en expresión de San Dionisio, siempre aspira y tiende a la unión, y, como dice Santo Tomás, «los amigos que se aman de corazón quisieran estar de tal modo unidos que no formarían más que uno solo». Esto ha pasado con el inmenso amor de Dios a los hombres, que no esperó a dársele por completo en el reino de los cielos, sino que aun en esta tierra se dejó poseer por los hombres con la más íntima posesión que se pueda imaginar, ocultándose bajo apariencias de pan en el Santísimo Sacramento. Allí está como tras de un muro y desde allí nos mira como a través de celosías. Aun cuando nosotros no lo veamos, El nos mira desde allí y allí se halla realmente presente, para permitir que le poseamos, si bien se oculta para que le deseemos. Y hasta que no lleguemos a la patria celestial, Jesús quiere de este modo

entregarse completamente a nosotros y vivir así unido con nosotros.

Mas no bastó a su amor el haberse dado por completo al género humano en su encarnación y en su pasión, muriendo por todos los hombres, sino que inventó el modo de darse todo a cada uno de nosotros, para lo que instituyó el Sacramento del altar, a fin de unirse a cada uno de nosotros, como El mismo dijo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él*. En la sagrada comunión, Jesús, se une al alma y el alma a Jesús, siendo esta unión no de mero afecto, sino muy real y verdadera. Ello hizo decir a San Francisco de Sales: «En ninguna obra puede considerarse al Salvador ni más tierno ni más amoroso que en ésta, en la que se aniquiló, por decirlo así, y se redujo a alimento para penetrar nuestras almas y unirse enteramente al corazón y hasta al cuerpo de sus fieles». Dice San Juan Crisóstomo que Jesucristo, por el ardiente amor que nos confesaba, quiso unirse de tal manera a nosotros, que no fuéramos más que una sola y misma cosa.

Hablando San Lorenzo Justiniano con Jesús, le dice: «¡Oh Dios!, enamorado de nuestras almas, por medio de este Sacramento dispusiste que tu corazón y el nuestro fueran un solo corazón inseparablemente unido. Y San Bernardino de Siena añade que «el dárse nos Jesucristo en alimento fué el último grado del amor, porque unión más cabal y completa no puede darse cual la que hay entre el manjar y quien lo come». ¡Oh, cuánto se complace Jesucristo en estar unido con nuestra alma! El mismo lo dijo cierto día, después de la sagrada comunión, a su querida sierva Margarita de Iprés: ¡Mira, hija mía, la hermosa unión que entre nosotros existe; ámame, en adelante

permanezcamos siempre unidos en el amor y no nos separemos ya más».

Siendo esto así, habíamos de confesar que el alma no puede hacer ni pensar cosa más grata a Jesucristo como hospedar en su corazón, con las debidas disposiciones, a huésped de tanta majestad, porque de esta manera se une a Jesucristo, que tal es el deseo de tan enamorado Señor. He dicho que hay que recibir a Jesús *no con las disposiciones dignas, sino con las requeridas*, porque, si fuese menester ser digno de este sacramento, ¿quién jamás pudiera comulgar? Sólo un Dios podría ser digno de recibir a un Dios. Digo *dignas* en el sentido en que convienen a la mísera criatura vestida de la pobre carne de Adán. Ordinariamente hablando, basta que el alma se halle en gracia de Dios y con vivo deseo de aumentar en ella el amor a Jesucristo. «Sólo por amor se ha de recibir a Jesucristo en la sagrada comunión, ya que sólo por amor se entrega El a nosotros», dice San Francisco de Sales. Por lo demás, con qué frecuencia haya de comulgar cada uno, negocio es éste que debe resolverse según el prudente dictamen del director espiritual. Sépase, con todo, que ningún estado o empleo, ni aun el de casado o comerciante, es obstáculo a la comunión frecuente cuando el director-la juzga oportuna, como declaró el pontífice Inocencio XI en su decreto del año 1679, en que dice: «La comunión más o menos frecuente queda al juicio del confesor, quien indicará a los casados y a los hombres de negocios lo que sea más conveniente».

Téngase también muy entendido que no hay cosa que más aproveche al alma que la sagrada comunión. El Eterno Padre puso en manos de Jesucristo todas sus divinas riquezas; de ahí que, al bajar Jesús al

alma en la comunión, lleva consigo inmensos tesoros de gracia, por lo que todo el que comulga puede decir verdaderamente: *Viniéronme los bienes a una todos con ella*. Dice San Dionisio que el sacramento de la Eucaristía tiene, más que los restantes medios espirituales, suma virtud santificadora de las almas. Y San Vicente Ferrer aseguraba que más aprovecha el alma con una sola comunión que con una semana de ayuno a pan y agua».

Primeramente, como enseña el sagrado concilio de Trento, la comunión es el gran remedio que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales. Dícese que nos libra de los pecados veniales, porque, en sentir de Santo Tomás, este sacramento inclina al hombre a hacer actos de amor, con los que se borran los pecados veniales. Y dícese que la comunión *nos preserva de los pecados mortales* porque aumenta la gracia, que nos preserva de las culpas graves, razón por la cual escribía Inocencio III que «si Jesucristo nos libró con su pasión de la esclavitud del pecado, con la Eucaristía nos libra de la voluntad de pecar».

Además, este Sacramento inflama principalmente a las almas en el amor divino. Dios es amor y es fuego que consume en nuestros corazones todo afecto terreno. Pues este fuego del amor vino el Hijo del hombre a encender en la tierra. ¡Ah, y qué llamas de divino amor enciende Jesucristo en cuantos le reciben devotamente en este Sacramento! Santa Catalina de Siena vió cierto día en manos de un sacerdote a Jesucristo en forma de globo de fuego, y quedó admirada la Santa al ver cómo aquellas llamas no inflamaban y consumían en amor todos los corazones de los hombres. Santa Rosa de Lima, después de comul-

gar, despedía tales rayos del rostro, que deslumbraban la vista, y desprendía tal calor de su boca, que abrasaba la mano de quien se la acercaba. Cuéntase de San Wenceslao que con sólo visitar en la iglesia al Santísimo Sacramento se inflamaba tanto en santo ardor, que el paje que le acompañaba, caminando sobre la nieve, no sentía los rigores del frío; y es que, según San Juan Crisóstomo, «la Eucaristía es una hoguera que de tal modo inflama a los que a ella se acercan, que como leones que echan fuego por la boca debemos levantarnos de aquella mesa, hechos fuertes y terribles contra los demonios».

Decía la Esposa de los Cantares: *Me condujo a la casa del vino, enarbolando sobre mí el pendón del amor*. Escribe San Gregorio Niseno que la comunión es la bodega, donde el alma de tal modo queda embriagada de amor divino, que la hace como enloquecer y perder de vista todas las cosas criadas; que esto significa aquel languidecer de amor del que a continuación nos habla la Esposa: *Reanimadme con manzanas, porque estoy enferma de amor*.

Habrà quien diga: Por eso, precisamente, no comulgo más a menudo, porque me veo frío en el amor; y a este tal le responde Gersón diciendo: «Y ¿porque te ves frío quieres alejarte del fuego?» Cabalmente porque sientes helado tu corazón debes acercarte más a menudo a este Sacramento, siempre que alimentes sincero deseo de amar a Jesucristo. «Acércate a la comunión – dice San Buenaventura – aun cuando te sientas tibio, fiándolo todo de la misericordia divina, porque cuanto más enfermo se halla uno, tanta mayor necesidad tiene del médico». Cosa igual decía San Francisco de Sales en su *Filotea*: «Dos clases de personas tienen que comulgar con frecuencia:

los perfectos, por hallarse bien dispuestos, y los imperfectos, para llegar a la perfección». Pero no hay que olvidar que para comulgar frecuentemente se necesita tener grandes deseos de santificarse y crecer en el amor a Jesucristo. El Señor dijo en cierta ocasión a Santa Matilde: «Cuando te acerques a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que se puede encerrar en él, que yo te lo recibiré como tú quisieras que fuese».

Afectos y súplicas

¡Oh Dios de amor!, ¡oh amante infinito y digno de infinito amor!, decidme: ¿qué más invenciones pudierais hallar para haceros amar de nosotros? No os bastó haceros hombre y sujetaros a nuestras miserias; no os bastó derramar por todos nosotros la sangre a fuerza de tormentos y después morir consumado de dolores en el patíbulo destinado a los reos más infames. Acabasteis por ocultaros bajo las especies de pan para haceros nuestro alimento y así uniros por completo con cada uno de nosotros. Decidme, os pregunto nuevamente, ¿qué más invenciones pudierais hallar para haceros amar de nosotros? ¡Desgraciados si no os amáramos en esta vida, porque, al entrar en la eternidad, cuáles no serían nuestros remordimientos!

Jesús mío, no quiero morir sin amaros, y sin amaros con todas mis fuerzas.

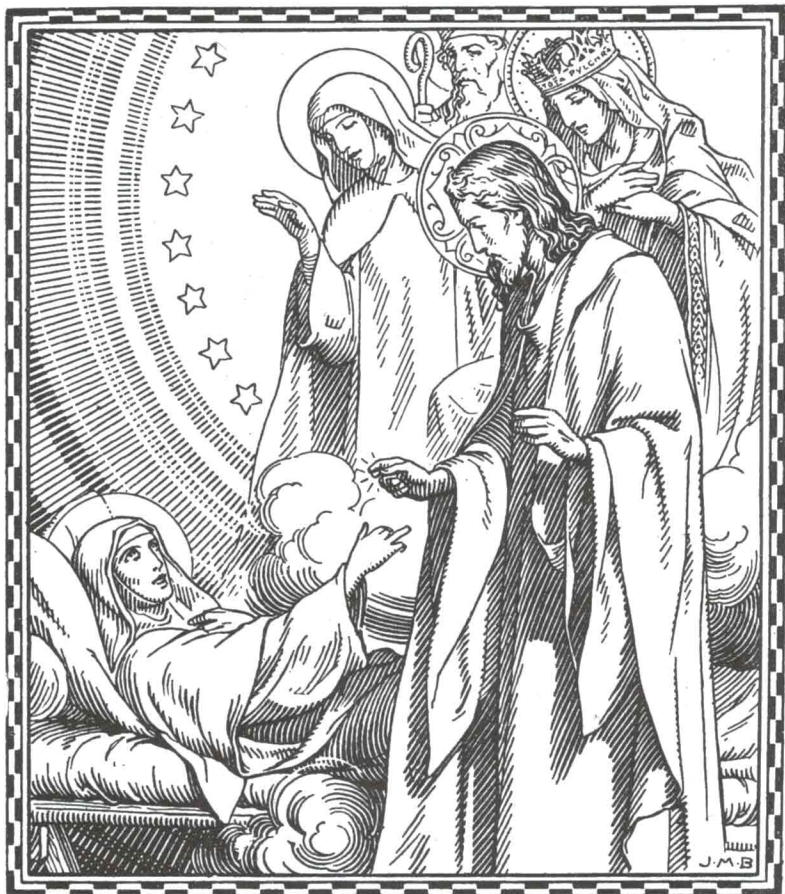
Siento dolor por haberos causado tanta pena; me arrepiento de ello y quisiera morir de puro dolor.

Ahora os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo y os consagro todos los afectos de mi

corazón. Vos que me inspiráis este deseo, dadme fortaleza para llevarlo a la práctica.

Jesús mío, Jesús mío, no quiero de vos otra cosa sino a vos; ya que me habéis atraído a vuestro amor, todo lo dejo y renuncio a todo para unirme a vos, pues vos solo me bastáis.

María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí y hacedme santo; vos que a tantos trocasteis de pecadores en santos, renovad otra vez este prodigio con vuestro siervo.



Jesucristo se aparece a Santa María Magdalena de Pazzi y le entrega un anillo para indicarle que la acepta por esposa...

CAPÍTULO III

DE LA GRAN CONFIANZA QUE NOS DEBE INSPIRAR EL AMOR QUE JESUCRISTO MANIFESTÓ EN CUANTO HIZO POR NOSOTROS

David depositaba toda su confianza en el futuro Redentor y exclamaba: *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad.* ¡Con cuánta mayor razón habremos nosotros de confiar en Jesucristo después de venido al mundo y acabado la obra de la redención! Por eso con mayor confianza debe repetir cada uno de nosotros: *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad.*

Si tenemos sobrados motivos de temer la muerte eterna, merecida por nuestros pecados, mayores y más fuertes motivos tenemos para esperar la vida eterna, apoyados en los méritos de Jesucristo, que son de infinito valor y más poderosos para salvarnos que lo fueron nuestros pecados para perdernos. Habíamos pecado y merecido el infierno, pero el Redentor vino a cargar con todas nuestras culpas y las espizó con sus padecimientos: *Mas nuestros sufrimientos El los ha llevado, nuestros dolores El los cargó sobre sí.*

En el punto mismo en que caímos en pecado, lanzó Dios contra nosotros sentencia de condenación eterna, y ¿qué hizo el compasivo Redentor?: *Cancelando*

el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, la quitó de en medio, clavándola en la cruz. Con su sangre canceló el decreto de nuestra condenación y lo fijó en la cruz, para que, al levantar la vista para mirar la sentencia condenatoria, viésemos a la par la cruz donde Jesús moribundo la enclavó y borró con su sangre, y así renaciera la esperanza de perdón y de salvación eterna.

¡Y cuánto mejor habla a favor nuestro y nos alcanza divina misericordia la sangre de Jesucristo que hablaba contra Caín la sangre de Abel! Pecadores, dice el Apóstol, ¡felices de vosotros, que después de pecar acudís a Jesús crucificado, que derramó toda su sangre para ponerse como mediador de paz entre Dios y los pecadores y recabar de El vuestro perdón! Si contra vosotros claman vuestras iniquidades, a favor vuestro clama la sangre del Redentor, y la divina justicia no puede menos de aplacarse a la voz de esta sangre.

Cierto que de todas nuestras culpas habemos de rendir estrecha cuenta al eterno Juez; pero y ¿quién será este nuestro juez? *El Padre... todo el juicio lo ha entregado al Hijo.* Consolémonos, pues que el Eterno padre puso nuestra causa en manos de nuestro mismo Redentor. San Pablo nos anima con estas palabras: *¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió... es quien... intercede por nosotros.* ¿Quién es el juez que nos ha de condenar? El mismo Salvador, que, para no condenarnos a muerte eterna, quiso condenarse a sí mismo, y, en consecuencia, murió, y; no contento con ello, ahora en el cielo prosigue cerca del Padre siendo mediador de nuestra salvación. Santo Tomás de Villanueva dice al pecador: «Qué temes, pecador? ¿Por qué desconfías? ¿Cómo te condenarás?

¿Cómo rechazará a quien a El vuelve el que bajó del cielo para buscarte?»

Y si por razón de nuestra flaqueza tememos sucumbir a los asaltos de nuestros enemigos, contra los cuales es menester combatir, he aquí, según dice el Apóstol, lo que tenemos que hacer: *Corramos, por medio de la paciencia, la carrera que tenemos delante, fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz, sin tener cuenta de la confusión.* Corramos, pues, con ánimo esforzado a la pelea, mirando a Jesús crucificado, que desde la cruz nos brinda con su auxilio y nos promete la victoria y la corona. Si en lo pasado caímos, fué por no haber mirado las llagas y las ignominias que nuestro Redentor padeció y por no haberle pedido su ayuda. En cuanto a lo porvenir, no dejemos de tener ante la vista cuanto por nosotros padeció y cuán presto se halla a socorrernos desde el punto que acudamos a El, y así a buen seguro que saldremos triunfantes de nuestros enemigos. Santa Teresa decía, con su intrépido espíritu: «Yo deseo servir a este Señor... No entiendo estos miedos: ¡Demonio!, ¡demonio!, adonde podemos decir: ¡Dios!, ¡Dios!, y hacerle temblar». Por el contrario, decía la Santa que, si no ponemos en Dios toda nuestra confianza, de poco o ningún provecho será toda nuestra diligencia: «Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios».

¡Qué grandes misterios de confianza y amor son para nosotros la pasión de Jesucristo y el Santísimo Sacramento del Altar!, misterios que fueran increíbles si la fe no nos certificara de ellos. ¡Un Dios om-

nipotente querer hacerse hombre, derramar toda su sangre y morir de dolor sobre un patíbulo!, y ¿para qué? ¡Para pagar por nuestros pecados y salvar así a los rebeldes gusanillos! Y ¡querer dar después a tales gusanillos su mismo cuerpo, sacrificado en la cruz, y dárselo en alimento para unirse estrechamente a ellos! ¡Oh Dios, tales misterios debieran inflamar en amor todos los corazones de los hombres! ¿Qué pecador, por perdido que se crea, podrá desesperar del perdón si se arrepiente del mal hecho, viendo a un Dios tan enamorado de los hombres e inclinado a dispensarles toda suerte de bienes? Esto inspiraba tanta confianza a San Buenaventura, que prorrumpía en estas palabras: «¿Cómo podrá negarme las gracias necesarias a la salvación aquel que tanto hizo y sufrió por salvarme?... Iré a El fundado en toda esperanza, pues no me negará nada quien por mí quiso morir».

Lleguémonos, pues – nos dice el Apóstol –, *con segura confianza al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia en orden a ser socorridos en el tiempo oportuno.* El trono de la gracia es la cruz, en que Jesucristo se sienta como sobre su trono para dispensar gracias y misericordias a quienes a El se encomiendan. Mas es necesario que acudamos presto ahora que nos es dado hallar la ayuda oportuna para salvarnos, no sea que venga un tiempo en que no la podamos encontrar. Apresurémonos, pues, a abrazarnos con la cruz de Jesucristo y vayamos apoyados en la mayor confianza; no nos turben nuestras miserias, que en Jesús crucificado encontraremos toda riqueza y toda gracia. Los méritos de Jesucristo nos han enriquecido con todos los tesoros divinos.

Dice San León que Jesucristo, con su muerte, nos acarreó mayores bienes que males nos acarrearía el demonio con el pecado, con lo que declaraba lo que ya había dicho San Pablo, que el don de la redención fué mayor que el pecado, y que la gracia excedió al delito. Por eso nos animó el Salvador a esperar toda suerte de favores y gracias, fiados en sus merecimientos, enseñándonos, además, El mismo la fórmula que habíamos de emplear para alcanzar cuanto quisiéramos de su Padre: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidieréis al Padre, os la concederá en nombre mío.* Pedid, dice, cuanto deseáis, pero pedidlo al Padre en mi nombre, y os prometo que seréis oídos. En efecto, ¿cómo podría el Padre negarnos gracia alguna después de habernos dado a su propio Hijo, a quien ama como a sí mismo? *Quién a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todos lo entregó, ¿cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* Dice el Apóstol *todas las cosas*, por lo que no exceptúa ninguna gracia, ni el perdón, ni la perseverancia, ni el santo amor, ni la perfección, ni el paraíso; *todo, todo nos lo ha dado.* Pero es menester pedirlo, que Dios es generosísimo con quien le ruega.

Quiero terminar con la transcripción de muchos y bellísimos sentimientos, sacados de las cartas del Santo Maestro Avila, que hacen muy al caso de lo que venimos tratando de la confianza que debemos alimentar en los merecimientos de Jesucristo:

«No os olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesu-

cristo da voces, pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Cristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar?... No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga, por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia.

»Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo y a nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo: *Alejado estás de mis palabras*, y pidió perdón de ellos sin haberlos cometido, y con entrañable amor pidió que los que a El se quisiesen llegar fuesen amados como si para El lo pidiera. Y como lo pidió lo alcanzó. Porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno El y nosotros, que o hemos de ser El y nosotros amados, o El y nosotros aborrecidos; y pues El no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros si estamos incorporados en El con la fe y amor. Antes, por ser El amado, lo somos nosotros, y con justa causa; pues que más pesa El para que nosotros seamos amados que nosotros pesamos para que sea El aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo que aborrece a los pecadores que se convierten a El.

»Y como el muy amado dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos o quiere mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados y por que sean incorporados en mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, y perdonados, y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la

flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios se ha olvidado – como la vuestra lo está –, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías: *¿Por ventura puede olvidarse la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.* ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne!, y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje a mí.*

»Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de estas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en la cruz. Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa me puede atemorizar, cuanto El asegurar... Cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno y pongan diez mil peligros delante: que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

»¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen de ti! ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en ti y de ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, siquiera enmendarse y servirte!... Por esto dices: Yo soy, no queráis temer; yo soy aquel que mato y doy vida; quiere decir, que

atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida; meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos... Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo soy vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si a mí quisiédeses venir, porque fuisteis con grande precio comprados.

»¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme?... No volví la faz a quien me la hería, ¿y volverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar? ¡Qué poca confianza es aquésta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros que por amor a los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿A quién desamparé que me llamase?»

Si crees que el Padre te dió a su Hijo, ten también por seguro que te dará lo demás, pues es infinitamente menos que el Hijo. No pienses que Jesucristo se haya olvidado de ti, pues en memoria de su amor te dejó la mayor prenda que tenía, que no es otra que El mismo en el Sacramento del Altar.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío y amor mío, cuán firme esperanza me infunde vuestra pasión! ¿Cómo puedo temer no alcanzar el perdón de mis pecados, el paraíso y todas las gracias, que me son necesarias, si condisero que sois el Dios omnipotente que me dió toda su sangre?

Jesús mío, mi esperanza y mi amor, vos, para que yo no me perdiera, quisisteis perder vuestra vida. Os amo sobre todo otro bien, Dios y Redentor mío. Os disteis por completo a mí, y en retorno yo os doy mi voluntad, con la que repito: os amo, os amo y quiero siempre repetir que os amo, os amo, y así quiero exclamar en la vida presente, y así quiero morir, exhalando hasta mi postrer suspiro esta hermosa palabra: os amo, Dios mío, os amo, y con ella quiero empezar el amor eterno, que durará para siempre, sin dejar ya de amaros por toda la eternidad.

Os amo, pues, y porque os amo, me arrepiento sobre todo otro mal de haberos disgustado. ¡Desgraciado de mí, que por no perder una breve satisfacción preferí perderos a vos, bien infinito! Esta pena me atormenta sobre todas las demás, pero me consuela pensar que, siendo vos bondad infinita, no rehusaréis recibir un corazón que os ama. ¡Ojalá pudiera morir por vos, que por mí quisisteis morir!

Amado Redentor mío, en vos tengo cifrada la esperanza de alcanzar mi eterna salvación y la santa perseverancia en vuestro amor en esta vida presente. Vos, por los merecimientos de vuestra muerte, dadme la perseverancia en la oración.

Esto es lo que también os pido y espero de vos, Reina mía, María.

CAPÍTULO IV

DE CUÁN OBLIGADOS ESTAMOS A AMAR A JESUCRISTO

Jesucristo, por ser verdadero Dios, tiene derecho a todo nuestro amor; mas con el afecto que nos ha mostrado, quiso como ponernos en la estrecha necesidad de amarlo, siquiera en agradecimiento a cuanto hizo y padeció por nosotros. Nos amó sobremanera para ganarse todo nuestro amor. «¿Para qué ama Dios – pregunta San Bernardo – sino para ser amado?» Y ya antes lo había dicho Moisés: *Y ahora, Israel, ¿que te pide Yahveh, tu Dios, sino que le temas... y lo ames?* De ahí el primer mandamiento que nos impuso: *Amarás, pues, a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón.* San Pablo afirma que el amor es *la plenitud de la ley.* Y ¿quién, al ver a un Dios crucificado por su amor, podría resistirse a amarlo? Bien alto claman las espinas, los clavos, la cruz, las llagas y la sangre, pidiendo que amemos a quien tanto nos amó. Harto poco es un corazón para amar a un Dios tan enamorado de nosotros, ya que para compensar el amor de Jesucristo se necesitaría que un Dios muriese por su amor.

«¿Por qué – exclamaba San Francisco de Sales – no nos arrojamos sobre Jesús crucificado, para morir enclavados con quien allí quiso morir por nuestro amor?» El Apóstol nos declara positivamente que Je-

sucristo vino a morir por todos, para que no vivamos ya para nosotros, sino para aquel Dios que murió por nosotros.

Aquí hace muy al caso la recomendación del Eclesiástico: *No olvides los favores de quien te dió fianza, pues que ha dado por ti su alma.* No te olvides de tu fiador, que en satisfacción de tus pecados quiso pagar con su muerte la pena por ti debida. ¡Cuánto agrada a Jesucristo nuestro recuerdo frecuente de su pasión y cuánto siente que lo echemos en olvido! Si uno hubiera padecido por su amigo injurias, golpes y cárceles, ¡qué pena le embargaría al saber que el favorecido no hace nada por recordar tales padecimientos, de los que ni siquiera quiere oír hablar! Y, al contrario, ¡cuál no sería su gozo al saber que el amigo habla a menudo de ello y siempre con ternura y agradecimiento! De igual modo se complace Jesucristo con que nosotros evoquemos con agradecimiento y amor los dolores y la muerte que por nosotros padeció. Jesucristo fué el deseado de los patriarcas y profetas y de los pueblos que existían cuando aún no se había encarnado. Pues ¡cuánto más le debemos nosotros desear y amar, ya que le vemos entre nosotros y sabemos cuánto hizo y padeció para salvarnos, hasta morir crucificado por nuestro amor!

Con este fin instituyó el sacramento de la Eucaristía la víspera de su muerte, recomendándonos que, cuantas veces comiéramos su carne, hiciésemos memoria de su muerte: *Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria de mí.* Por eso ruega la Iglesia: «¡Oh Dios, que debajo de este admirable sacramento nos dejaste memoria de tu pasión»; y en otro lugar añade: «¡Oh sagrado banquete, en el cual se recibe a Cristo y se renueva la memoria de su pa-

sión». Por aquí podemos entender cuan agradecido nos queda Jesucristo si con frecuencia nos recordamos de su pasión, ya que, si mora con nosotros en el Sacramento del Altar, es para que de continuo renovemos con alegría el recuerdo de todo lo que por nosotros padeció y crezca de esta manera nuestro amor para con El. Llamaba San Francisco de Sales al Calvario *monte de los amantes*, porque no es posible recordarse de aquel monte y dejar de amar a Jesucristo, que quiso en él morir por nuestro amor.

¡Oh Dios!, y ¿por qué no aman los hombres a este Dios que tanto hizo para ser de ellos amado? Antes de la encarnación del Verbo pudiera haber el hombre dudado si Dios le amaba con verdadero amor, mas ¿cómo dudará ahora, que lo ve nacido y muerto por amor a los hombres? «Hombre – dice Santo Tomás de Villanueva –, mira la cruz, los clavos y la acerbísima muerte que sufrió Jesucristo por ti y, después de tales y tantos testimonios de su amor, no dudes de que te ama, y de que te ama con extraordinario amor». Y San Bernardo dice que clama la cruz y dan voces las llagas del Redentor para darnos a entender el amor que nos profesa.

En este gran misterio de la redención de los hombres, ponderemos la gran solicitud de Jesucristo en inventar medios para inclinarnos y aficionarnos a su amor. Si quería, por salvarnos, dar la vida, sobrábale con creces haber sido envuelto en la general matanza que decretó Herodes contra los Inocentes; mas no, que antes de morir quiso llevar durante treinta y tres años una vida llena de penas y trabajos, queriendo en el transcurso de ella, y para cautivarse nuestro amor, manifestársenos en muchas y variadas formas. Primero le vimos nacer como pobre niño en una gruta,

después le vimos jovencillo en un taller, y, finalmente, le vimos como reo en una cruz. Pero aun antes de morir en ella quiso pasar por circunstancias conmovedoras, y todo por nuestro amor. Se ofreció a nuestra vista en el huerto de Getsemaní agonizante y bañado en sudor de sangre; a continuación, azotado en el pretorio de Pilatos; más tarde, tratado como rey de teatro, con la caña burlesca en la mano, el jirón de púrpura sobre el hombro y la corona de espinas en la cabeza; arrastrado, finalmente, por las calles, con la cruz al hombro, y suspendido en el Calvario de tres garfios de hierro. ¿Merece o no merece ser amado por nosotros un Dios que para conquistar nuestro amor quiso pasar por tantos trabajos? Decía el P. Juan Rigoleu: «De buena gana pasaría llorando toda mi vida por un Dios que por amor de todos los hombres quiso sufrir muerte de cruz».

«Gran cosa es el amor», dijo San Bernardo; grande y sobre toda ponderación estimable. Hablando Salomón de la divina sabiduría, que no es otra cosa que la caridad, llamóla tesoro infinito, porque el que posee la caridad goza de la amistad de Dios. El angélico Santo Tomás dice que la caridad no sólo es la reina de las virtudes sino que donde ella reina trae consigo el cortejo de las demás y las endereza todas a unir al hombre con Dios. «Oficio propio de la caridad es unir al hombre con Dios y quienes le aman. He aquí, pues, el admirable oficio de la caridad, unir al alma con Dios. Esta virtud, además, comunica fuerzas para hacer y sufrir grandes cosas por Dios. San Agustín dice que nada hay tan duro que con el fuego del amor no se ablande. No hay cosa, por difícil que se la suponga, que no sea vencida por el fervor de la caridad, porque, como añade San Agustín, en aquello

que se ama, o no se siente el trabajo, o el mismo trabajo se ama.

Oigamos lo que dice San Juan Crisóstomo respecto del amor divino cuando se apodera del alma: «Cuando el amor de Dios se apodera del alma, engendra en ella insaciable deseo de trabajar por el amado, de tal manera que, por muchas y grandes obras que haga y por mucho tiempo que emplee en su servicio, todo le parece nada y anda siempre gimiendo y suspirando de hacer tan poco por Dios; y si en su mano estuviera dar la vida por El, aun no tendría cumplido gozo. De donde resulta que siempre se considera inútil en cuanto obra, porque el amor, enseñándole, por una parte, cuánto merece Dios, le declara por otra, con clarísima luz, cuán defectuosas son sus obras, todo lo cual es para ella confusión y quebranto, al conocer la bajeza y poco valer de sus acciones ante la majestad de Señor tan poderoso».

¡Cuán fuera de camino andan, dice San Francisco de Sales, cuantos cifran la santidad en cosa que no sea amar a Dios! «Algunos cifran la perfección en la austeridad de la vida, otros en la oración, quiénes en la frecuencia de sacramentos y quiénes en el reparto de limosnas; mas todos se engañan, porque la perfección estriba en amar a Dios de todo corazón, pues las restantes virtudes, sin caridad, son solamente montón de escombros. Y si en este santo amor no somos perfectos, culpa nuestra es, pues no acabamos de entregarnos por completo a Dios».

Dijo un día el Señor a Santa Teresa: «¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí». ¡Ojalá que todos entendieran esta verdad, que sólo una cosa es necesaria! No es necesario allegar en la tierra muchos caudales,